

# El Baluarte

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

DIARIO REPUBLICANO

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7'50  
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

AÑO XXV.

Sevilla.—Lunes 18 de Marzo de 1901

NÚM. 64

## Pueblo y régimen

No han sido las diferencias de ciertos políticos, ha sido la actitud del pueblo la que hizo imposible la inteligencia de las fuerzas conservadoras para constituir un nuevo gobierno, determinando la subida del partido liberal, si no para conjurar la revolución mansa iniciada en Febrero, por lo menos para paralizar el movimiento.

La lucha por el poder fué extraordinaria, y los conservadores y clericales disputaban el terreno a una solución liberal y democrática hasta sus últimos baluartes, pero fueron vencidos y derrotados en su propia trinchera, y los liberales obtuvieron la real confianza.

¿Es el dictado el que los ha traído, ó la fuerza de las ideas la que se ha impuesto? Parecenos que se trata de una nueva burla, ya verdaderamente intolerable.

Los problemas clerical, social y económico, son los que se habían planteado durante el ministerio Azcárraga.

Sagasta, en la actividad por aquellos días de oposición, así hubo de reconocerlo, y estimar al propio tiempo, como necesidad de urgencia y de apremiante ejecución, resolverlos.

Sagasta juró el cargo con sus compañeros, y descansó como Dios cuando hizo el mundo; solo que Sagasta se echó a dormir tan pronto como juró el cargo, y ni ha hecho nada, ni piensa en ello. Ahora quiere mantener el *status quo*, que es la más cómoda de las posiciones, y viene en razón de que la cuestión clerical es de suyo muy grave, por las condiciones especiales de este país; y nosotros preguntaríamos al presidente del Gobierno:—¿Quién tiene la culpa y quién es el principal responsable de la invasión, de la influencia, del atraigo del clericalismo y de las órdenes monásticas y jesuíticas?

Usted, señor Sagasta, y sus ministros y sus colegas liberales, que han hecho cuanto han podido para fomentarla, y que han contribuido con su gran influencia para destruir, para matar el sentimiento liberal de este país.

¿No hubiera sido preferible, señor Sagasta, que usted, en vez de aceptar el poder a título de liberal y democrata, y como satisfacción a esa opinión del país, le hubiera rechazado, si no tenía fuerza ó valor para poner freno y contrarrestar al jesuitismo, al monaquismo y al clericalismo, que haberle aceptado para seguir con su pereza é indolencia musulmanas?

¿Ha pensado bien el señor Sagasta, con toda su perspicacia, que acaso siendo él la colilla, y precisamente por serla, pierde al régimen y le precipita con su evidente y muy rápido fracaso?

¿No ha visto usted que el país, ya convencido del engaño y defraudado en sus intereses, no puede conformarse con interminables aplazamientos cuando fiaba en rápidas y saludables resoluciones?

Aplase su gobierno las reformas. Aplase las elecciones apelando al expediente de las rectificaciones del censo, escudándose con los demócratas puros para cubrirse con un manto de castidad que rechazamos, cuando realmente de lo que se trata es de llegar de cualquier modo que sea, pero con Cortes recién sacadas del tinglado de Gobernación, al 16 de Mayo del año que viene, y dejar á los clericales que hagan lo que les venga en ganas.

No, no puede ser, y no será. Ni el gobierno liberal ha desarmado la revolución, ni ha tranquilizado al país, ni ofrece garantías de ningún género á la nación; y el pueblo, que lo sabe, que lo ve, que está cansado de patrañas, ya quemando casetas de consumos, ya destruyendo escaparates, ya procediendo á la realización de otros actos á que apelan las muchedumbres cuando se niega á los ciudadanos hasta el derecho á la vida, ha dado los primeros aldabonazos para requerir la presencia de quien debe contestarle, y si no obtiene satisfactoria respuesta, no lo dude el señor Sagasta, tirará la puerta abajo, penetrará en el edificio y arrollará todo cuanto se oponga á su paso triunfal.

Bastante ha sufrido, bastante ha esperado, bastante ha transigido para que no se le haya agotado la paciencia de pedir por favor lo que tiene derecho á obtener por la fuerza.

Usted, señor Sagasta, como era de esperar, entre el pueblo y el régimen, se ha colocado al lado del último, y como un ultraconservador cualquiera, alega usted ahora el arraigo y los intereses creados por jesuitas, frailes y monjas, y no se ha percatado que son muchos más altos, porque son justos, porque son honrados, los intereses del pueblo, á quien, como siempre, ha vuelto usted la espalda.

Nosotros no nos hemos equivocado; pero quien esperaba habrá sufrido ya el desengaño, y corrido de vergüenza el país entero, ve cómo en Portugal los mismos conservadores dan garantías y satisfacción á los liberales; y en nuestra patria, un antiguo masón, que se titula liberal y demócrata, cubre con su manto protector al clericalismo.

El resultado de este nuevo engaño llegará pronto hasta usted; pero usted y todos sufrirán las consecuencias de esa política ultramontana, privilegiaria y antinacional. Porque la revolución avanza, señor Sagasta, y en convoy cuyo motor es la electricidad.

A. A.

## Murmuraciones

La cuestión religiosa en Portugal toma caracteres graves.

Las órdenes monásticas, incluyendo en ellas, como es consiguiente, á los jesuitas, van á ser expulsadas.

Razón tienen los portugueses al mirarnos á los españoles por encima del hombro.

Son más ilustrados que nosotros.

Y esta segunda Aljubarrota nos la ganan también.

Entre los elementos políticos que merodean en las corporaciones públicas de nuestra ciudad se ha armado el gran alboroto porque, en la pasada sesión del Municipio, algunos concejales presentaron una moción para que, desde ahora en adelante, no se rotulen las calles de la capital con nombres de personas que vivan.

La moción iba autorizada por un concejal gamacista y dos ó tres conservadores.

Y además... dicha moción iba dirigida, exclusivamente, contra el Sr. Marqués de Paradis, al que le querían adjudicar todas las calles, para recompensarle en algo los gravosos gastos que tiene que hacer para sostener el *partido comio y bebio*.

Con este motivo ha habido la de Dios y vámonos, y el jefe del partido conservador ha puesto como digan dueñas á los concejales que él hizo por sufragio universal.

—¿Quién es usted, le ha dicho á Pepitilla— para negarle al Marqués de Paradis el derecho á figurar al lado de la calle Tinajas ó de la calle Pienas? ¿Qué meritos tiene usted, qué independencia tiene usted, qué dineros tiene usted, qué importancia es la de usted, seor pájaro saltarín, para oponerse á una cosa tan justa? ¿Usted no sabe que esa petición la viene haciendo Narbona con su cuenta y razón? ¿Usted no sabe que Narbona ha tomado á su cargo ensancharnos la capital, rotularnos las calles y modificar nuestra vida rutinaria, como hombre experimentadísimo y de grandes conocimientos adquiridos en sus largos viajes por todo el Aljarafe? ¿Usted no sabe, además, que yo soy el jefe del partido conservador, y el Marqués de Paradis es el jefe del partido fusionista, y la flauta sevillana ha de tocarla él, ó he de tocarla yo, y nadie más? ¿Quién le ha dado á usted palustre en esta obra de albañilería?...

Ante tan tremenda acusación, dicha con la mayor iracundia por el Júpiter Tonante de la diócesis conservadora—catorce y Ayala, catorce y medio—Pepitilla fué á dar satisfacciones al Círculo Liberal, en donde por poco si no lo descuartizan.

—¿Quién es usted—le decía Enrique Polo con el coraje que le distingue—para negarle al Sr. Marqués de Paradis el honor de figurar en los sobres—Marqués de Paradis 5—y en la historia, y en el Calendario? ¿No sabe usted que he sido nombrado gobernador de Cáceres, porque no habia otro gobierno peor, gracias á la magnanimidad del Sr. Marqués, que quiere quitarme de enmedio para tener un distrito más del que disponer? ¿No sabe usted que al Marqués de Paradis le debemos la estación del ferrocarril de Madrid, Zaragoza y Alicante—diga lo que quiera *El Liberal* sevillano, que asegure que se le debe al Conde de Xiqueña—que al señor Marqués le debemos mil quinientos alnueros y dos mil comidas; que al Sr. Marqués le debemos, digo, le deben algunos que el casero no les haya puesto los muebles en la calle? ¿No sabía usted esto?... Pues es necesario que lo sepa para que

modifique su conducta desde hoy en adelante... Y el pobre Pepitilla, arrepentido del mal paso, se propone hacer penitencia ante el Señor del Gran Poder, con el fin de lograr la absolución.

Se ha notado en Zaragoza la falta de aguas potables...

En habiendo de la otra y una poca azúcar candi, se sale bien del apuro... Pero ¿por qué han de apurarse? Que le pidan á la Virgen del Pilar, patrona y madre, que desate los arroyos por las plazuelas y calles, y ya está todo arreglado de una manera notable...

Un gamacista hoy, y ayer sagastino, está escribiendo sus memorias con ayuda de Rodrigo Soriano.

Del primer capítulo es lo siguiente:

«Créame ustedes: D. Práxedes estaba predestinado á ponernos verdes ¡Oh tiempos del frac verde y del tupé! ¿Quién conoce al D. Mateo de hoy, *enfermo imaginario*, á modo de los de Moliere, viejo alomhadillado, zorrastrón y cansino, con tupé postizo, con peroné postizo, con zocarronería postiza, con reumas y romadizos postizos; al D. Mateo ortopédico, de goma, níkel, hierro, tornillos y visagras; maniquí de nuestra decadente política, á quien se arma y se desarma como si fuera un estafermo de torneo ó un espantapájaros de huerta destinado á resistir los picotazos de los republicanos cuando la monarquía peligró?»

Es una verdad muy grande eso de espantapájaros.

Ese papel es el que viene haciendo desde hace mucho tiempo.

Y sigue el gamacista:

«En otras épocas, la casa de huéspedes en que vivía Sagasta, ingeniero modesto entonces, servía de refugio y asilo á los conspiradores fanáticos, á los fieros revolucionarios, á la ardiente juventud de chispeante mirada y continente guerrero. En esta época ruin, las abigarradas salas del presidente y sus holgadas butacas de convento, asientan á vejstorios comodones, faltos de entusiasmos y de fé, tan solo creyentes en las pastillas Geraudel, cuando no en las cápsulas de los doctores Andreu ó Pizá.»

O lo que es lo mismo: en asilo de inválidos.

Pero... ¿y la juventud? ¿Y la juventud batalladora de que tanto nos hablan el órgano del Conde de Romanones por un lado, el monaguillo Merino por otro y el bombo de la prensa madrileña por todas partes?

Y sigue el memorialista:

«¡Sesiones románticas aquellas, cuando se levantaba un día el general O'Donnell en el Congreso para decir á un Sagasta peligrosísimo que por entonces dabaespanto al gobierno:

—¡S. S. es un anarquista! ¡S. S. debiera, y lo temo, ser fusilado!

A lo cual aquel Sagasta, pálido, de rala barba y de centelleante mirada, respondía:

—Y S. S. debiera ser arrastrado por las calles de Madrid.

¡Sesiones ruines las de hoy, en que cierto Sagasta, adormilado en el banco azul, pide á Dios que le fusile un inesperado catarro ó una indisposición repentina, como á los malos cómicos!»

¡Triste decepción la que nos ha proporcionado el Gran Zorro de las libertades públicas!

Cambiados sus acentos tribunicios por la insistente tos de una carraspera crónica; su fusil de verdad por escopeta de juguete; su morrión de miliciano por gorro de dómíne, sin otra ciencia que sus marrullerías... la ¡Funeraria le está preparando el entierro entre las generales rechiflas.

Y dice el último párrafo del gamacista:

«Entonces me hice sagastino. La tertulia de Sagasta era el templo de las libertades por consagrar. Entonces Sagasta no tenía domicilio. Dos días después fué á visitarle. El pájaro revolucionario había volado en alas de su tupé. El gobierno le perseguía. Desde el portal de su casa presencié el paso de un rebaño de infelices, pálidos, moribundos, al son de tambores lúgubres. Eran los sargentos del 22 de Junio que iban á ser fusilados.»

Por cierto que lo fueron.

Y... ¿para qué?

Para que, andando los tiempos, el Gran Zorro de las libertades públicas repartiera mercedes desde la poltrona ministerial, á deudos y parientes, como el que reparte caramelos entre los chiquillos para granjearse el afecto de la familia.

Los periódicos de la capital nos dicen que hoy entra el primer tren en la nueva estación del ferrocarril de Córdoba, y que en él viene la señora Condesa de París.

¡Oh, qué gran honor para la montera de hierro y cristales y para los ladrillos de contrata!

Porque los frailes rebuznan de una manera infamante desde el púlpito, *El País* quiere que los lleven á la cárcel. No deben llevar á ellos, que, al fin, dicen lo que saben; deben llevar á los otros: ¡á los que van á escucharles!

La prensa noticiera, en venganza de que los cadáveres de la pareja suicida que se arrojó días pasados desde el puente de Huelva al Guadalquivir, no salen á la superficie; para decirnos de qué color eran las enaguas de ellas y los pantalones de él, se ha dedicado á ponerlos en ridículo, sacando á relucir hasta los *versos* que hacía el pobre enamorado.

Aquí todo se toma á guasa.

Hasta la muerte.

Es una falta de piedad que sólo la cometen los católicos apostólicos romanos de á cinco céntimos.

¡Ojo! ¡Ojo! ¡Ojo!

Por el *Boletín Oficial* de nuestra provincia se requiere, para que se busque á la mayor brevedad, á un tal Manuel el Albañil.

¡Qué compromiso para la guardia!

¡En donde quiera que haya un desconchado hay un Manuel el albañil!...

Como todos los *reporter*—ó reporteres—sevillanos, apenas ha echado pié á tierra de su viaje á la Corte uno de nuestros hombres públicos, han ido á conferenciar con él para dar á luz sus impresiones acerca de los trabajos que todos y cada uno vienen haciendo para hacer de nuestra querida Sevilla una Jauja, ó poco menos, yo no me he quedado quieto, y también traigo en mi cartera curiosos apuntes.

Sin decirselo á nadie, y cuidando de no dejar traslucir mis pérdidas intenciones, me fué derecho, no á la estación del ferrocarril, sino á la casa particular del Sr. D. Eduardo Ybarra.

—¿El Sr. D. Eduardo?...

—Pase usted.

—No tengo el gusto de conocerlo—me dijo.

—Efectivamente, Sr. D. Eduardo. Pues bien; ahora me va usted á conocer: yo soy Carrasquilla.

—¡Caramba, hombre, caramba!... Pues si yo creía que era usted un ogro y un comegentes.... ¡Como se mete usted tanto con los frailes!

—Y con los que no son frailes.... pero que lo parecen.

—¿Eso no lo dirá usted por mí?

—No señor; yo sé que usted no es fraile, aunque los proteja.

—Nuestra posición, los compromisos...

—Bueno; dejemos á los frailes engordar, y vamos á lo que importa. ¿Qué hay de eso de la Academia de Medicina?

—¡Arreglado! Traigo muy buenas impresiones.

—¿Impresiones nada más?

—Nada más. No hay nada, pero... no es conveniente decirlo.

—¿Y de las obras para las arriadas del Guadalquivir?

—Se harán, se harán con el tiempo.

—¿Y del monumento á Colón?...

—¡Arreglado, arreglado!... Se lo llevan á Valladolid.

—¿Y... de los diputados que van á salir por sufragio universal en las próximas elecciones?

—No me hable usted de eso, porque estoy que cojo moscas por el ridículo en que me han puesto los chicos que coloqué en el Municipio...

¡Mire usted que negarle al Marqués de Paradis el honor de figurar en una calle de Sevilla, cuando en Sevilla tiene calle hasta Jesús del Gran Poder!... Y, sobre todo, negárselo cuando el señor Marqués nos puede negar á nosotros las representaciones que necesitamos en las corporaciones públicas, con objeto de colocar á los chicos desocupados.

—Tiene usted mucha razón, señor don Eduardo.

—De modo que...

—Pues... sí, ya voy enterado. Que todo está arreglado; que la Escuela de Medicina, que las obras para evitar las arriadas, que el monumento á Colón...

—¡Todo, todo!

—Todo queda como estaba.... ¡Bien, bien!... Muchas gracias por su atención.

—¡El señor D. Pedro Rodríguez de la Borbolla!

—Pasa, hombre, pasa.... ¿Qué traes?

De actualidad

DE LA PENINSULA

Sagasta y Paraiso convinieron que la Unión Nacional presentará candidatos con el apoyo del Gobierno.

A la una de la madrugada verificóse en Madrid un mitin de cocheros.

Encomiaron la prudencia de los huelguistas, dirigieron duras censuras a los patronos en dos los discursos.

La reunión terminó a las cinco de la mañana, y el acuerdo fué persistir en la huelga.

Háblase de huelga general de maestros escuela como protesta contra los decretos de García Aliz, que les sume en la miseria.

Anoche, en la reunión de catedráticos, doctores y licenciados en ciencias y letras y maestros, acordóse dirigir una exposición al Gobierno contra la enseñanza de las órdenes religiosas.

Paraiso ha declarado que donde la Unión Nacional tenga seguridades de triunfo, presentará candidatos, y donde aquél sea dudoso, apoyará a los liberales.

Una comisión del Círculo Mercantil compró a Moret, quien les ofreció que el Gobierno no atenderá las peticiones de la Unión Nacional sobre reforma arancelaria.

Dicen de Bilbao que está confirmada la fusión de los Bancos de Bilbao y del comercio, aportan quince millones, y se construirá un edificio, dedicándose la sociedad a grandes empresas.

En los círculos políticos hay la impresión que el Gobierno acordará que las elecciones sean el 15 de Mayo, pudiendo verificarse antes la rectificación del Censo.

El Imparcial cree indispensable la intervención en el Parlamento de la Unión Nacional como fuerza auxiliar de los partidos políticos hoy debilitados.

Además afirmará su personalidad concurrir a los comicios y votando candidatos.

En el mitin republicano que se celebró mañana en el teatro Moderno se firmó un Mensaje de adhesión a la política de Rome en relación con los intereses de la Patria, la libertad y la democracia.

El documento tiene ya más de 2,000 firmas.

Dicen de Barcelona que en el Teatro Cívico verificóse un mitin de obreros que estuvo muy curridísimo.

Pronunciáronse discursos protestando contra los actos registrados en el Ter, que suponen debido a avaricia de la burguesía.

El compañero Chico pidió la unión de los explotados para vencer a los explotadores.

Montenegro dijo: «Los obreros no queremos matar a reyes, curas, soldados y banqueros; queremos la supresión de las autoridades religiosas y del ejército, evitando gastos.»

Declaróse anarquista, pidiendo que cada cual se gobierne por sí, é invocó una pronta resolución.

Hizo el resumen el presidente compañero Bula, pidiendo la libertad de los detenidos en el Ter, y que se procese a los autores de los disparos contra los obreros.

Acordóse que una comisión pida la libertad de los detenidos y la retirada de las fuerzas destacadas en el Ter.

Dice Moret que el martes se firmarán los nuevos nombramientos de gobernadores.

En la Academia de Ciencias exactas verificóse la recepción de D. Eduardo Echegaray.

Su discurso versó sobre la importancia de la geología en las artes de construcción.

Contestó D. Amós Salvador, y fueron aplaudidos por la numerosa concurrencia.

Comunican de Crevillente que creen que pronto se solucionará la cuestión obrera.

En Barcelosa verificóse reunión de estudiantes, que se ocuparon de crear una asociación.

Durante la diserción hubo altercado entre castellanos y catalanes, cantándose los Segadores.

En palacio verificóse la recepción del embajador de Rusia, que entregó al rey las insignias de la cruz de la Orden de San Andrés.

Acto brillante.

DEL EXTRANJERO

En Marsella, reina tranquilidad: las tropas continúan custodiando los talleres, y la caballería patrulla por el muelle.

En Nueva York prodújose el incendio de 60 obreros.

Atribúyese una venganza.

americanos; que sus antepasados habían sido magistrados, abogados, administradores; que la señora de alborotados sentidos que le hacen escribir: «*Ces huit jours, n'est ce pas, nous les aurons! Que je les passe dans tes bras, à te couvrir de mes baisers, à assouvir la faim que j'ai de toi...*», es la esposa de un oficial del ejército francés.

Tratárase de un obrero brutal, hijo del diablo; de una Venus de fábrica, mujer de un miserable cualquiera, y de fijo que no se conmoviera el periodista, ni echara a mala parte las discretas indiscreciones del juez.

Si hago hincapié en el caso que cito, es porque en España se notan tendencias parecidas. Todos los crímenes pasionales despiertan interés hacia sus delicados autores que, por regla general, escapan al castigo que merecen.

Y no hay alma caritativa que se cuide del desurapado que roba un pan ó unos céntimos porque el hambre le urge. Como si la conservación de la existencia no fuera una pasión más fuerte que el amor, que los celos, que la ira que sienten (miserables) los que tienen satisfecho el estómago y asegurada la cama.

Malas, malas y turbias son las corrientes que un sentimentalismo fuera de lugar engendra.

MARCO POLO.

El nuevo Gabinete

Con mal pié entró el partido liberal en el poder. Levantó primero el estado de guerra, después la suspensión de las garantías constitucionales, y surgió a punto una serie de desórdenes. Alborotáronse en Madrid los dependientes de los comercios de ultramarinos, y derramándose por las calles de la villa, rompieron a pedradas los escaparates de los almacenes. Hubo además las colisiones por la cuestión de consumos: una en los Cuatro Caminos y otra en el puente de Segovia; la primera tan grave, que hirió a trece y trajo consigo el incendio de 11 casillas y la del fielato. Fuera, allá en la cuenca del Ter, estallaron formidables huelgas. Hubo disparos, gritos, amenazas, asaltos de casas, heridos, muertos.

Es de presumir que todo esto habría ocurrido bajo el gobierno de los conservadores si hubiesen mandado; revela, no obstante, el poco prestigio con que esta vez han subido al poder los liberales. Los desórdenes de la cuenca del Ter los han promovido los patronos, cerrando de improviso más de 60 fábricas y dejando sin pan a millares de obreros. Han querido ejercer represalias contra los trabajadores, sitiándolos por hambre, y los han llevado a la desesperación y a la violencia.

Esto es muy para tenido en cuenta; significa la organización de la guerra social por los dos bandos: los jornaleros y los capitalistas. Los capitalistas han llevado hasta aquí la peor parte. En Manlleu, poseídos de ira los jornaleros, asaltaron el casino de los fabricantes, y no sabemos lo que habrían hecho si los hubiesen encontrado. Ya que más no pudieron, quemaron los muebles. No les quisó después abrir el alcalde su casa, y rompieron a hachazos la puerta.

Mal cariz toma la contienda, y algo habrá de hacer el Gobierno si quiere evitar catástrofes. En todas partes se vuelve los ojos a los jurados mixtos, pero no se los acepta. A nuestro juicio deberían ser elegibles y renovables por años. Habrían de ser elegidos los obreros por los obreros y los patronos por los patronos, y tal vez sería mejor que lo fueran los obreros por los patronos y los patronos por los obreros. El presidente se lo habría de buscar, no en hombres que desempeñasen cargos públicos, sino en industriales que uno y otro bandos escogieran. Si hubiese empate, se podría sacar a la suerte los seis ó más candidatos que cada grupo propusiese.

No serían necesarios estos artificios si cupiera de improviso volver la sociedad de arriba abajo y fundir en una sola clase obreros y patronos; mas esto no es hoy posible y hay que recurrir a paliativos mientras no llegue la hora de aplicar el remedio heroico que el mal exige. Hay una Comisión de reformas sociales en la que figura el señor Moret, hoy ministro de la Gobernación del reino; ¿qué ha dicho esa Comisión sobre tan arduo problema?

El mal crece; a la pacífica huelga de Gijón han sucedido las turbulentas de Gerona y Barcelona; ¿no las habrá más graves?

F. FIY MARGALL.

Viejo y niña

Entrai per lo caminno alto é silvestre.

Me pesaba horriblemente la cabeza y sentía en los ojos el vivo y picante escozor del solnío. Me volví dolorido, y al tiempo que cerraba el libro apagué la luz. En la obscuridad me sentí aliviado. Al cerrar los ojos, y durante ese intervalo en que no estamos ni dormidos ni despiertos, toda mi lectura quedó vagando como un ritornello en el cerebro, el último verso.

Entrai per lo caminno atto é silvestre.

—Vengo a saber...  
—¿Lo que he hecho en Madrid?... Pues verás: Camino y yo hemos trabajado por nuestra cuenta: no queremos concomitancias con ciertas personalidades... Yo lucharé, Camino luchará, y a alguno de los dos, ó a los dos juntos, nos reventarán si Gamazo no lo remedia... ¡pero daré muchos disgustos!

—La Escuela de Medicina, las obras para las arriadas, el monumento ese...  
—¡Arreglado, arreglado!

—¡Hombre! Pues... lo mismo me ha dicho Ybarra.

—¿Ha dicho lo mismo Ybarra? Pues entonces, ¡yo digo lo contrario! Df que nada hay seguro; que en Madrid no se ocupan en otra cosa que en hacer gobernador a Enrique Polo; que ni allí se conoce la Real orden de que hablan, ni saben siquiera dónde está Sevilla hasta que yo llego pidiendo algo. En fin, yo digo todo lo contrario de lo que haya dicho Eduardo Ybarra.

—Ya que estoy aquí quiero hacerle una pregunta: ¿A quién se le debe la construcción de la nueva estación del ferrocarril que hemos estrenado hoy?

—A los albañiles, hombre, a los albañiles...  
—¡Si dicen que al Marqués de Paradas...  
—Desengañate! al Marqués no le debemos en Sevilla más que la caresta de los comestibles, porque se ha empeñado en darle de comer a todo el mundo.

—Sé de positivo que el Marqués le respeta a usted el acta de diputado por Sevilla...  
—¡Si Gaspar es una buena persona mal aconsejada!

—De manera que...  
—Lo dicho: lo contrario que haya dicho Ybarra. ¡Con ese no parto peras!

CARRASQUILLA.

Corrientes turbias

Los tribunales de Francia están juzgando en estos momentos una causa de patricidio. El matador no es un infeliz sin instrucción; es un prójimo que, gracias a la que le dieron sus padres, podría ganarse la vida, si por ahí le hubiera dado el naípe, creándose una posición honrosa, cuando menos relativamente desahogada. Pero al interesante asesino de su padre le dió la ocurrencia de enamorarse de una vieja fogosa, a uno de cuyos hijos servía de maestro, y en cuanto probó las delicias de ese amor senil, acometióle una pereza tan invencible, que prefirió mantenerse con pan y arenques antes que trabajar para ganar unos cuartos y alimentarse como sus necesidades físicas requerían.

Tenia su padre algunos bienes de fortuna; andaba la vieja Venus necesitada de ellos, y al propio patricida le hacían falta dineros para mejorar su régimen alimenticio, a fin de poder dar pábulo a la pasión que por las averiadas gracias de su amante sentía.

Un par de sesiones de acecho, ni más ni menos que si se tratara de cazar un *chamois*, una rápida aparición de su padre, un tiro a la aparición, un hombre que cae herido de muerte, otro que escapa y queda el drama cumplido.

Comparece ante el tribunal el asesino, confiesa su culpa, buscan atenuantes los defensores, los mismos jueces parecen ayudar a los defensores, se falla el proceso, y el asesino no va a la guillotina.

Pero durante los debates, y para esclarecer los móviles del crimen, alguno de los jueces ha dado lectura a las cartas que la anciana enamorada escribía a su «seductor», cartas que, por lo sinceras y coquinas, a título documental—como dicen ahora—merecerían figurar en una novela de Zola el decaído.

Además, creo que el presidente del Tribunal trazó una pintura poco halagüeña de esa señora que, siendo madre y esposa, escribía epístolas tan francas.

Hay que advertir que no se pronunció el nombre de la recatada dama.

Perc va un periodista, Alejandro Hepp, y en un primer artículo de *Le Journal*, fulmina una excomunión mayor contra los jueces que se han atrevido a pintar como se merecía, como se debía, del único modo que se podía, a esa amorosa de cuarenta y cuatro años que

*C'est Venus toute entière à sa proie attachée.*

A consecuencia de los detalles que han dado los jueces, el honor de esa señora queda comprometido; su esposo y sus conocidos y amigos sabrán quién era la que con su pasión, no del todo lícita ni interesante, acabó de hacer naufragar los restos de la honradez nativa de Duparchy.

Pide el cronista que en lo sucesivo no ocurra nada parecido; que los jueces respeten la honra de las que no la tienen, y fustiga duramente al tribunal porque esta vez ha faltado a lo que demanda el código social.

Hay que hacer notar que Duparchy era descendiente de una familia *bien*, como dicen los